

me; un viaje por mar y en tan pésimas condiciones, rehusé su concurso. La fatalidad me perseguía; estoy hoy mismo convencido que si hubiese cedido á la petición de mi *yaouley*, y mis asuntos hubieran tomado mejor cariz. Más tarde sabréis por qué.

No os extrañará, me figuro, amigo mío, mi decisión en seguir á mi mujer. á pesar de las dificultades de tal empresa, y de la promesa que dejó en su carta de que volvería.

Sin duda, sospecharéis como yo, que la mujer con la cual Paula iba, no podía ser otra que la doncella de la señora de Blangy; la misma que á nuestra salida de París cruzó alguna frase con mi mujer, á la portezuela del coche.

¿Cómo estaba aquella mujer en Oran? ¿Cómo se había enterado de nuestra presencia allí? Poco importa. Era evidente que el golpe venía de la señora de Blangy; ésta, sin duda, había burlado la vigilancia de su marido y esperaba á mi mujer en Gibraltar.

Lo primero era encontrarlas; luego yo decidiría.

XXXVI

Os hago gracia de mi jornada á caballo; se ha borrado de mi memoria. Atravesé pueblos, áridas llanuras, ríos, bosques. Mi guía, á pesar de ser árabe, se veía apurado para seguirme. Gracias á las excelentes indicaciones del empleado de marina, llegué á Nemours por la noche.

¡Y pensar, que sin la precipitación de mi viaje, si en lugar de entrar en Nemours de noche, entro á la luz del sol, quizás...! Un momento y comprenderéis esto.

Apenas desmonté y sin cuidarme del reposo, me dirigí al puerto, entré en una taberna, donde pasan los marinos la mayor parte de la noche, y no tardé en encontrar lo que buscaba. Arreglé mi pasaje con un patrón de balandra.

Al salir el sol, nos hicimos á la vela; envolvíme en una capa, y tendíme sobre el solladito de popa, á fin de repo-

sar un poco. El tiempo nos favorecía ó hicimos una travesía de las más cortas y menos accidentadas.

Al llegar á Gibraltar, ví que el Oásis, entrado en Gibraltar la noche anterior, aún permanecía en la ciudad inglesa. Pasé á su bordo, y avistéme con el capitán Raul, un excelente sujeto, á quien conocíamos Paula y yo, por haberle tenido vecino de mesa algunas veces en el hotel de la Paix.

—¡Cómo!—gritó.—¡Vos aquí!

—Sin duda,—repliquéle,—es natural que busque á mi mujer. Me descuidé cuando partió el Oasis sin duda ella se habrá dado cuenta y os lo habrá dicho.

—No, en verdad. Al contrario, díjome que habíais preferido ir por tierra hasta Nemours; en cuanto á ella, puedo aseguraros que el mar no le espanta: ha hecho con su doncella una larga travesía.

—¿Y dónde está?

—¡Diablo! parece que jugáis al escondite,—respondióme el capitán riendo.—Os dais cita en Nemours, baja allí vuestra mujer, y vos, durante este tiempo...

No le dejé concluir.

—Pero,—grité,—¿ha tocado el Oasis en Nemours?

—¡Ya lo creo! Todas las veces que el tiempo lo permite hacemos escala allí; este viaje hemos desembarcado diez pasajeros.

—¿Y mi mujer quizás entre ellos?

—Efectivamente, amigo mío; no comprendo nada de eso.

Pero yo, ¡desgraciado de mí había comprendido demasiado! ¡Había atravesado el Mediterráneo en balandra para saber que mi mujer estaba en Nemours! Yo me paseaba por España, mientras mi mujer permanecía en la provincia de Orán. La víspera, puede que pasase por la calle que ella habitaba y quizás me acercaría á la casa que la albergaba, pidiendo la dirección del puerto.

¡Ah! ¡si yo hubiese tenido la paciencia de esperar al día!

¡si al menos hubiese llevado conmigo á Ben-Kader! él quizá hubiera adivinado que Paula estaba allí, ó por azar, durante nuestra expedición á caballo, hubiérame indicado que el Oásis antes de pasar el estrecho, hacía escala en la costa. El empleado de marina, durante mi corto diálogo con él, ni siquiera pensó en este detalle, por creerlo inútil; en efecto, el Oásis dejaría á Nemours mucho antes que yo pudiese llegar allí.

Ahora se trataba de retroceder. El Oásis no se hacía á la mar hasta tres días después, y, el capitán Raul, vista mi ansia, aconsejóme que atravesase de nuevo el estrecho á bordo de la balandra que me había traído. Era el método más expeditivo, y seguí sus consejos. Pero el viento que me favoreció para alejarme de Paula, se hizo contrario cuando quise acercarme á ella. Hasta los elementos se conjuraban en contra mía.

XXXVII

Después de una penosa travesía llegué á Nemours, á la semana de haber salido de allí.

No me fué muy difícil tener tantos detalles como quise acerca de Paula; mostráronme la casa que habitó durante el corto tiempo de su residencia en Nemours, en compañía de la camarera y con otra señora francesa, dueña de la casa, que había marchado con ellas, hacia cinco días, á Orán, por la vía Tlemcen.

Entonces, podéis creerme, amigo mío, ya no tuve prisa por seguirla. Durante la semana transcurrida, la cólera, la indignación, el ardor de la lucha, habíanme sostenido. Entre tanto los nervios sedaron, sobrevino la depresión, el enternecimiento siguió á la cólera y sucumbí bajo el peso de una inmensa lasitud física y moral.

—¡A qué engañarme!—me dije.—La casualidad me guía y la fatalidad me persigue!

Abandoné las riendas sobre el cuello de mi caballo y lo dejé caminar á su solo placer. Dulcemente mecido sobre el sillón, los ojos á medio cerrar, empecé á soñar despierto, presa de extrañas alucinaciones; oía la voz de la señora de Blangy, dirigiendo vivos reproches á Paula, por haber vivido tanto tiempo alejada de ella, sin intentar el reunirsele. —Tú le prefieres á mí,—decía,—has reemplazado su afición por la mía. Pero yo te arrancaré de sus brazos. Huyamos lejos, muy lejos... ¡no nos encontrará más!—¡No, no! —gritaba Paula;—vete... vete... ¡tú me has perdido! ¡Déjame... quiero reunirme con él... que me ha enseñado la vida de la honradez! ¡El me espera; sufre, vóyme á buscarlo!—Bien; parto contigo; pero si no te espera, si no te ama, si te ha engañado... ¡te recobro!

En mi sopor sonambúlico las veía entrar en Orán. Paula corría hacia el Hotel, y... yo no estaba!

Entonces la *serpiente* enroscaba más y más sus anillos; le recordaba los diez años transcurridos, los juramentos contraídos en el convento y renovados más tarde... los recuerdos que las unían... la víctima iba cediendo, y, magnetizada, seducida, añadía un eslabón á la cadena de su esclavitud moral. ¡Después la veía, allá en los abstractos campos de mi fantasía, ¡perdida, moribunda... tendiéndome los brazos!...

Hé aquí, amigo mío, con mil variantes, lo que ví en aquellas treinta leguas á caballo, y hé aquí lo que hallé en Orán.

XXXVIII

Una carta de Paula. Os la copio textualmente:

«Soy una mujer miserable. Pero necesito que sepáis todo lo que ha pasado. No quiero que me tachéis de embustera y falsa. Bastantes otros defectos tengo que podéis echarme en cara. Os he sido sincera, os he sido fiel durante nuestra permanencia ahí. Guardad, al menos, memoria de esto.

«Cuando dejamos la calle de Caumartin, su camarera pudo acercarse, y me dijo:—La condesa marcha con su marido... sabe que vos partís, y me manda que os siga.»—Aquella mujer subió en el expreso, que nos condujo á Marsella; pero al embarcarnos en este punto, no noté ya su presencia. Creí entonces que había perdido nuestro rastro, pues de otro modo, á los dos meses de estar en Orán, os juro que os hubiera pedido salir de allí.

«En cuanto á su ama, al llegar á Irlanda, burló un día la vigilancia de su marido, escapó en dirección á París... encontró á su doncella, y ésta le dió nuestro itinerario. Fué á Nemours, escribióme, decía que estaba muy enferma, y juraba que luego de haberme visto, me dejaría volver á vuestro lado. Después de resistir largo tiempo, partí, jurando volver. Obedecí á mi juramento, volví para que me auxiliárais, para que me defendiéseis de mi misma. Ya no os encontré... ¡Ah! ¿por qué no me habéis esperado? ¿Por qué me habéis abandonado? ¡Me hubiérais librado de su dominio... yo, tan débil y sumisa con ella! Me despreciáis... os causo horror...! ¡No queréis verme más! ¡Os comprendo... sí, os comprendo, y, sin embargo, á vuestro lado, me sentía renacer á una nueva vida, y un gran cambio se había apoderado en mí! Pero no estaba aún completamente purificada, ni asaz regenerada para resistir *sus* malévolos consejos. Jamás he osado confesaros la influencia que ejerce *esa* sobre mí. ¡Cómo me domina! ¡Cuál me ha absorbido! ¡Yo no quería partir... quería esperaros. ¡Pero vos no volvíais! Yo no sabía donde estábais. Después, tenía miedo de encontraros, porque me decía: ¿Me perdonaré? ¿Le esperaré? Y, *ella, ella*, siempre á mi lado, siempre asida á mí, reprochando lo que llamaba mi debilidad, mi cobardía, diciéndome... pero debo callar; ¿á qué contaros lo que me decía? En fin... me arrastró consigo. Voy allí donde le plazca... ¿Qué sé yo dónde? ¡Y qué me importa el lugar donde esconda mi vergüenza! Soy un pobre sér abatido, perdido... menos que nada y sin esperanzas de elevarme. Vos habíais tomado, creedme, una tarea imposible; no nos hagamos ilusiones el uno acerca del otro. Os he tronchado la vida á vos, tan bueno, tan honrado, tan recto, No me busquéis, os lo suplico... no me encontraréis... *Ella* sabra guardarme mejor que vos lo habéis hecho. ¡Y después... que yo no quiero veros! No me atrevería á hablaros, á miraros! ¡Conducirme con vos tan indignamente! ¡Ah! ¿por qué luego que estuvimos ahí no me hablábais de vuestro

amor? Entonces no había cerrojos en mi puerta... pero vos teníais mi pasado sobre el corazón, me despreciábais todavía, y yo esperaba el tiempo de mi regeneración, la hora de ser digna de vos! ¡Qué falta hemos cometido! Hoy habría entre nosotros lazos indisolubles, que nadie, nadie, hubiese podido romper... ¡Adiós, adiós! ¡Olvidádmme... y compadecédmme! ¡Ah! si viniéseis mientras escribo esta carta... me echaría á vuestros pies... Os espero hasta mañana... diga *ella* lo que quiera, os espero hasta mañana... pero... ¡venid, venid pronto!»

Luego debajo de esto, el siguiente párrafo:

«Os he esperado dos días. ¿Dónde os habéis ocultado? ¡Habéis regresado á Francia! ¡Me habéis abandonado!—»
¡Parto con ella! ¡Adiós!»

*
* *

Leí aquella carta dos ó tres veces, maquinalmente, sin explicarme tanta fatalidad. Luego me sobrevino algo así como un amodorramiento, me sentí dolorido en todo el cuerpo, tenía la cabeza pesada, y mis dientes castañaban.

Acostéme; una fiebre violenta acompañada de delirio,

se declaró durante la noche. Al otro día, los dueños del hotel, viendo que yo no salía de mi habitación, subieron y al verme en aquel estado, enviaron por el doctor X.

Durante varios días se desesperó de mi vida, pero pudo combatir la rebelde enfermedad. Una fiebre tifoidea, según creo.

XXXIX

A primeros de Enero, pude ponerme en camino para regresar á Francia. Estaba todavía muy débil, pero en cuanto á la parte moral, mi larga enfermedad física la había aliviado un tanto, Aquella solución de continuidad en mis afecciones, aquella parada, digámoslo así, de mis nervios, me habían sido muy provechosas. Tenía presente, sin duda, todo el desarrollo del drama íntimo, pero lo recordaba sin amargura, sin irritación, poseído únicamente de una tremenda tristeza. Sufría mucho, pero mi dolor no tenía la intensidad de otro tiempo; estaba latente, por decirlo así, como un fuego escondido entre cenizas... quemaba pero no lanzaba llamas.

Experimenté, sin embargo, una viva emoción al penetrar en mi casa de la calle de Caumartin; mil recuerdos afflu-

yeron á mi mente. ¡Oré mucho rato, mucho! Recogí todos los objetos pertenecientes á Paula y los envié á casa del señor Giraud con esta carta:

«Vuestra hija se ha ido de mi lado. Ignoro donde se halla y no quiero saberlo. Os agradeceré infinito que nunca jamás me habléis de este asunto. Comprenderéis que necesito olvidar.»

Supe que el señor de Blangy estaba en París y no hice ninguna tentativa para verle. El, por su parte, se impuso igual sistema.

Un día, sin embargo, nos encontramos en los bulevares. Vino hacia mi, y, aunque con cierto empacho, ofreciéndome la mano y díjome:

—Celebro veros tan bueno; temí no os halláseis enfermo.

—Lo he estado, y grave,—respondile,—ya voy mejor... ¿y vos?

—En mi vida me he hallado mejor.

Guardamos silencio algunos momentos. El conde lo rompió para decirme:

—Lo más prudente sería, para nosotros, no hablar del pasado, pero, toda conversación que no verse sobre nuestras... aventuras resultaría fútil ahora.

—Abundo en vuestra afirmación.

—Entonces abordemos el asunto francamente... ¡qué ridícula combinación habíamos hecho!

—¡Desgraciada del todo!

—¿Y cómo *ella* pudo reunírsele?

—En Africa. ¿Qué queréis? Nadie podía prever que vuestra mujer nos hiciese seguir por su doncella.

Contéle al conde todos los detalles de mi viaje, y de mi permanencia en Orán. Hízole también un resumen de la carta de Paula.

—Sí,—dijo el conde que me escuchaba con grave atención,—vuestra mujer vale más que la mía. Aunque no se necesita gran mérito para eso.

El conde á su vez, contóme las peripecias de su viaje por el norte de Europa.

—La señora de Blangy,—dijo el conde, cual si hablase de cualquier asunto indiferente,—cuando comprendió que mi decisión era irrevocable, emprendió el viaje sin grandes oposiciones. «¡Qué gran idea habéis tenido haciéndome viajar!—exclamaba—¡sois un hombre amable y me causáis sumo placer! ¡Vamos al Nortel ¡oh, qué alegría! ¿Cómo no os había ocurrido antes idea tan peregrina? ¡Estaba tan harta de París! Pero permitidme, amigo mío, que os diga que vuestros viajes, os han aprovechado mucho. Estáis rejuvenecido y nadie os echaría más allá de treinta años. Creo, Dios me perdone, que me voy enamorando de vos.»

Hubiera podido creerla, si yo no la conociera lo bastante para saber que era mi mujer, la más falsa de todas las mujeres. Pero ejecutaba un plan, y este plan (que os digo porque entre nosotros no deben existir secretos en esto y máxime cuando no debo guardar ningún miramiento á esa mujer), consistía en hacer brotar en mí la llama de la pasión ó el deseo. Con su natural talento comprendía que yo no la amaba, que mi corazón estaba seco para ella, pero que mi imaginación podía recordar algo de los primeros meses del matrimonio y excitar mis sentidos. Consiguió su objeto, y cuando se escapó de Dublin, creedme que experimenté un gran bienestar, y que no hubiera pensado en seguirla sin el compromiso que me unía á vos. Pero mi compromiso tenía que romperse por una circunstancia que os hará reír. Otra treta de la condesa y digna de ella. Al escaparse, llevóse consigo mi cartera con todos los valores que contenía... encontréme pues, sin un céntimo y debiendo en el hotel. Tuve que escribir á Francia pidiendo fondos. Llegaron estos á los ocho días, y por el mismo correo que traía mi cartera: la señora de Blangy me la devolvió intacto (hay que hacerla esta justicia.) Esto quería decirme que estaba ya en seguridad y que perdería el tiempo en seguirla. Quizás, amigo mío, hubiera podido

yo tomar alguna medida benefícosa, pero no me guardéis rencor, luchaba sin entusiasmo. La idea de ese doble viaje os pertenece toda; no os lo echo en cara, pero permitidme que os repita, que no ha sido muy feliz.

Yo he vuelto á tomar mi vida normal en París, y, si algún día, cualquier camarada de club, ó colega de ministerio tiene la mala idea de afirmar, que existe aún per el mundo una señora de Blangy, tendré el disgusto de enviarle inmediatamente mis padrinos. Dos ó tres lances de este género, serán suficientes para que mis conocidos y amigos, se persuadan de mi viudez. Y, si yo puedo permitirme, al despedirme de vos, un consejo, os diré que también vos debéis anunciar, de antemano, la muerte de vuestra mujer.

XL

Algunos días, después de este diálogo, amigo mío, tuve el placer de encontraros en el hotel de la avenida Friedland.

Estaba yo, en aquella época, ávido de distracciones, y esperaba que el movimiento y el ruido, llevasen algún lenitivo á la melancolía que me devoraba. Pero encontréme al siguiente día de la fiesta, más triste, más descorazonado que nunca. Encontréme sin ánimo para acudir á la cita que os había dado y partí, aquel mismo día, en demanda de nuevos horizontes.

Regresé á París por el mes de junio. Una mañana mientras estaba en mi despacho, avisáronme que la señora Giraud, mi suegra, quería hablar conmigo.

—Que entre,—dije tras un momento de vacilación.

—Rogásteis á mi marido,—dijome la pobre señora luego

de tomar asiento—que no se os hablase de nuestra hija. Hemos respetado vuestro deseo, y hemos soportado en silencio la desgracia que os hería y nos afectaba á todos. Hoy respetaríamos aquel deseo; ¡pero Paula está gravemente enferma, casi moribunda!... Nos ha rogado que os lo dijésemos y os ruega que vayáis á verla.

Cuando pude vencer la emoción, pregunté á la señora Giraud si Paula estaba en París.

—No,—contestóme enjugándose las lágrimas—está en Z... un pueblecillo de Normandía, al lado del mar; se va allí en algunas horas.

—Iré,—respondí sencillamente.

La señora Giraud abalanzóse hacia mí, y tomó mis manos, exclamando:

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Qué alegría vais á darla! Yo no sé qué falta habrá cometido contra vos... yo solo hace tres días que la ví... Me escribieron que estaba enferma y corrí á su lado... ¡no ha de perdonar una madre al hijo que se muere! Nada me ha contado de los motivos de vuestra separación... ni ella tiene fuerzas, ni yo valor para interrogarla! Pero he comprendido, en su afán por veros, en su arrepentimiento, que era suya toda la culpa! ¡Oh, perdonadla, amigo mío, perdonadla y que tenga siquiera, este consuelo á la hora de morir!

—Pero,—repliqué,—¿no exageráis su estado? ¿No hay ninguna esperanza de salvación?

—No; he consultado con el médico que la ha visitado. Ignoraba que yo era su madre y me ha dicho toda la verdad; está afectada de una dolencia en el cerebro, cuyo nombre no recuerdo.

—Una *pachy-meningitis*,—dije yo maquinalmente. Me acordadé, en aquel momento, del espantoso pronóstico del doctor X.

—Eso es,—contestó la pobre señora.—Su memoria se debilita de día en día, sus ideas ya no tienen fijeza, apenas puede coordinar las palabras que usa para pedir lo

que necesita. Durante la noche queda sumida en un letargo durante el cual cree percibir voces que la hablan y la amenazan. Se ha quedado tan débil, que ayer quiso levantarse para recibirme, y las piernas se le negaron á sostenerla....

La señora Giraud se interrumpió; un golpe de lágrimas afluyó á sus ojos y un nudo á la garganta la impidió proseguir.

Cuando la ví más calmada, preguntéle las señas que debía seguir para encontrar á Paula.

—Antes de llegar á Z. preguntaréis por el chalet de la señora de Blangy.

—¡La señora de Blangy!—exclamé sin poder contener mi indignación.

Miróme mi suegra, creyó comprenderme y díjome:

—Podéis equivocaros; ella es amiga de mi hija y debe haberla aconsejado bien; puede que nada sepa, porque hay ciertos secretos que no se confían ni á la persona más íntima. Eso no debe impedirnos que cumpláis vuestra promesa, porque lo más seguro es que no encontréis allí á la señora de Blangy.

Yo la he visto una sola vez durante mi permanencia en Z.; ha evitado encontrarme y rehuirá el hablaros.

XLI

Apenas marchó la señora Giraud, hice mis preparativos de marcha. A la mañana siguiente, tras una noche de tren, tomé un carruaje que me condujo á Z. El chalet, donde la señora Blangy había buscado el solitario nido con Paula, está situado sobre las pequeñas colinas que surgen de la cordillera. El cochero me lo mostró; eché pié á tierra á fin de evitarme desagradables encuentros, y envié á un muchacho que noticiase á Paula mi llegada.

Un cuarto de hora después estaba delante de ella.

La señora Giraud no había exagerado; Paula se moría. Sacó, sin embargo, un resto de fuerza para alargarme una mano demacrada, sobre la cual imprimí un beso, mientras me decía:

—Habéis hecho bien en venir hoy... mañana hubiera sido tarde.

Este esfuerzo la desvaneció; era la sombra de aquella Paula que adoré tanto. Jamás creí que se pudiese cambiar de tal modo.

Dos gruesas lágrimas cayeron de mis ojos y humedecieron su mano. Sintió que lloraba y me dijo:

—¡Gracias!

A cada momento entreabría los labios, y creía yo que iba á hablar. Pero no podía hacerlo.

Durante la noche fué presa de aquellas alucinaciones de que su madre me había hablado. Parecía luchar con un fantasma, al cual rechazaba con las manos, y que la amagaba sin cesar. Gritos roncós se escapaban de su garganta. Alguna que otra vez oía yo frases incoherentes y de este tenor:

—Vete... vete... miserable... perdida... tengo miedo... ¡él... él...

La mañana fué más tranquila. Echada sobre la *chaise longue*, delante de la galería, abría alguna vez los ojos, y sus miradas se perdían en los lejanos horizontes del mar.

En cierto momento, pensé que la luz viva del día podía molestarla, y al levantarme para cerrar las persianas, oía murmurar:

—No, no; dejadlo. ¡Esta vista me hace bien... me creo todavía allá... allá abajo... en Oran... cerca de vos!

Hacia mediodía llegó la madre de Paula con el médico de París, que visitó á Paula hacia tres días.

Reconoció á la enferma; creyó encontrar alguna mejoría y preguntó si, como lo había ordenado, se la había hecho tomar algún alimento.

—Algunos sopicaldos tan solo,—le respondieron.

—No es suficiente; se necesita ante todo y á todo costa, sostener las fuerzas. Si de aquí á la tarde la mejoría continúa, ensayaremos hacerle deglutir algún alimento sólido que yo mismo prepararé.

Fuése el médico, y Paula me indicó que me acercase. Obedecí.

—Tiene razón el médico,—díjome;—hoy me siento mejor... ¡Quizás vuestra venida será de buen agüero!... Ya hace dos meses, cuando caí enferma, que quería escribiros... pero no me atrevía... ¡me he portado tan mal con vos!... ¡Ah, pero bien he sido castigada... bien! ¡Perdonadme!

Se detuvo para continuar al poco rato.

—¡No me abandonéis... estad á mi lado! ¡Cerca de mí, con mi madre!... Si muero, llevad mi cadáver á París... No quiero ser enterrada aquí... no... ¡no quiero!...

Algunos minutos después oímos ruido en el recibidor. Volvíme bruscamente, y viendo mi movimiento, dijo:

—No tengáis cuidado... La he prohibido venir. ¡Si no he vivido con vos, quiero al menos morir en vuestros brazos!

A eso de las cinco, y obedeciendo las órdenes del doctor, ofrecí á la enferma los alimentos preparados.

Pensé que los rehusaría. Pero se produjo un fenómeno muy frecuente en las enfermedades de la clase de la que Paula padecía. De repente se le despertó el apetito, tomó el alimento y lo llevó á su boca.

Pero el bolo alimenticio se detuvo en el esófago paralizado. Los ojos de Paula se inyectaron de sangre y su tez tomó un tinte violado. Había muerto por asfixia.

Cumpliendo su última voluntad, hice transportar el cadáver á París. Tres días después, era enterrada en el Pere Lachaise.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

BIBLIOTECA HISTÓRICA

18

MEXICO



EPÍLOGO

Por el septiembre del mismo año, el señor de Blangy leía en su diario cotidiano, y con sumo interés, la noticia siguiente:

«En el día de ayer, y en la concurrida plaza de Z***, se desarrolló una dramática escena que impresionó de una manera dolorosa y profunda á cuantos la presenciaron.

•Una señora, perteneciente á lo más distinguido de la sociedad y persona muy conocida y apreciada en los círculos más aristocráticos, y que gozaba además de fama de intrépida nadadora, hallábase, desde el principio de la estación, hospedada en uno de los más lujosos hoteles de la población.

»La señora condesa de Blangy, que es la persona á que aludimos, regresaba ayer á su hotel, después de dar un largo paseo por la playa, en compañía de la señorita B***, una de sus amigas, cuya presentación produjera tanta sensación en el último baile dado por los socios del casino, y de pronto manifestó deseos de tomar un baño.

»Las personas que se hallaban, por casualidad, en la playa, se apresuraron á manifestar á la señora condesa de Blangy que era precisamente la hora de la marea baja y, además, la época en que las corrientes producidas por ésta alcanzan mayor violencia, y que no había tampoco, á la sazón allí para poderla prestar sus servicios ó acompañarla, ningún bañero.

»Y al oír esto, exclamó:

—»¡No me importa! Si me encuentro en algún mal paso ya procuraré salir de él sin ajeno auxilio.

»Mandó que abriesen la puerta de una caseta, en la que se encerró, permaneciendo en ella breves momentos, pasados los cuales salió vestida con un elegante traje de baño que hacía resaltar la gentileza de su figura.

»Avanzó resueltament, arrojóse al agua y, dando unas cuantas vigorosas brazadas, alejóse con rapidez de la orilla.

—»¡Volvéos, señora, volvéos enseguida!

»La dijeron á voces desde la playa, pero fué en vano.

»Por toda respuesta, lanzó unas cuantas sonoras carcajadas, con las que trató de burlarse del miedo que demostraban sus amigos y cuantas personas presenciaban la escena.

»Al poco rato se pudo observar, con gran terror de todos, que la condesa de Blangy corría un verdadero peligro.

»Había llegado á un paraje en que la corriente era muy violenta y la arrastraba mar adentro, á pesar de sus esfuerzos.

»La señorita B***, llena de terror y desesperación, gritó.

—»¡Socorro! ¡Socorro!

»En los momentos en que esto sucedía, llegó á la playa el señor Adriano de C...

»Preguntó qué era lo que ocurría y se lo contaron en pocas palabras.

—»¡Ah!—exclamó.—¡Es la señora de Blangy!

»Sin perder ni un momento, se descalzó y desnudó de medio cuerpo arriba, y se arrojó animosamente al mar.

»El señor Adriano de C..., que con tanto valor iba á intentar salvar á la señora condesa de Blangy, era el esposo de una antigua é íntima amiga de ésta, de la señora Paula de C..., que hace unos cuantos meses falleció en esta población, después de breve y cruel enfermedad.

»Tardó muy poco tiempo el señor de C, que nadaba con mucha energía, en llegar al paraje en que la señora de Blangy luchaba con la corriente.

»La distancia que los separaba de la playa era grande, y, á pesar de eso, violeses forcejear con ademanes descompuestos.

»Debióse esto, sin duda alguna, á que la señora condesa de Blangy, como sucede á todas las personas que se ahogan, hacía grandes y violentos esfuerzos para agarrarse á su salvador, y éste se veía obligado á rechazarla para conservar la libertad de sus movimientos y poderla salvar.

»La corriente, muy fuerte en aquellos momentos, los arrastró á ambos, y á los pocos minutos se les perdió de vista.

Pasaron diez minutos que, á todos los que contemplaban la dramática escena, les parecieron tener un siglo de duración.

»Al cabo de ellos volvió el señor Adriano de C, pero solo.

»No había podido salvar á la desgraciada condesa de Blangy, y solo después de grandes esfuerzos, pudo llegar á la playa, teniendo completamente agotadas sus fuerzas.»

.....

El señor de Blangy leyó esto en el periódico, y en el acto cogió una pluma y escribió la carta siguiente:

«Comprendo perfectamente lo que pasó, y os doy las gracias en mi nombre y en el de todas las personas dignas y honradas.

»Agradézcoos en el alma nos hayais librado de semejante é inmundito reptil.

»El peligro á que os expusisteis os absuelve de todo.»

Cerró el conde la carta y ordenó á un criado que la llevase á su destino.

En el sobre se leían estas señas:

«Al señor Adriano de C,

Calle de Caumartin.»



